

# PREMIOS DEL CONCURSO LITERARIO BEÑESMEN '80

Poesía

## A Guayarmina

Agita a su paso tus cabellos  
el frío viento de escarpados lares  
y la tarde, al morir dejaba en ellos  
igneos ampos de luz crepusculares.

Mira el paisaje; inmensidad abajo;  
oscuro azul, inmensidad arriba.  
El pie adelantas ante horrendo tajo,  
que abriera algún volcán en roca viva.

La guadaña segó tu fino cuello  
y ante el cuerpo que cae en el vacío  
lleva ahora tu alma el viento frío,  
ondulantes al aire tus cabellos.

Ha roto el Nublo ya su fina aguja  
al perder el hechizo de tu canto,  
del misterioso mar me llegó el llanto  
al estallar sus olas en burbujas.

Ruge en Bandama el fuego funerario  
bajo su tierra áspera, agostada,  
en las cuevas que el guancho taladrara  
mantiene aún Valerón su magia viva.

Vierte su sangre el drago milenario,  
ante tu muerte enmudeció la lira  
y en tu honor hoy el verde Tamadaba  
de sus altivos pinos hace pira.

Carlos Esquíroz Gaumé  
1º B.U.P.  
Colegio Alemán

**E**ntréabrió sus ojos. Su cuerpo no había descansado lo suficiente. Suspiró hondamente. Permaneció unos momentos revuelto entre las sábanas. Aún era de noche, los quíqueres alborotaban hacia rato. El frescor de la oscuridad se colaba por un ventanal semiabierto. Su mujer se movió, el camastro crujió estrepitosamente. Matías sintió frío. Se frotó las manos. Por fin se levantó y notó en sus huesos el paso de una gélida corriente de aire. Las puertas se estremecieron y la ventana se cerró de un golpazo. Se había levantado algo de viento. Las viejas botas llenas de barro, la camisa totalmente manchada, los pantalones sueltos, muy flojos y muy sucios. Su María continuaba fatigada en el lecho. Depositó un tierno beso en su pálida frente, se colocó el sombrero medio roto en la cabeza y salió al encuentro del sol naciente.

Cerró el portón con cuidado. El valle se hallaba dormido y las estrellas destellaban intensamente. Tomó la azada sobre su hombro. Miró a su alrededor, tierra, cielo, silencio. Las luces del barrio de San Roque iluminaban una zona de la montaña. Traspuso con todo y se alejó de la casa. Se cruzó con el perro. Le miró tristemente. El animal se quedó observando la marcha del viejo. La relentada había dejado el sendero de un tono más ocre. Caminaba sosegado. Arrastraba sus grandes zapatos hasta levantar polvo. Más adelante oyó voces, dos hombres bajaban por la vereda. Los reconoció, rostros de siempre. Ahora escuchaba el correr precipitado del agua que salía de la tronera con fuerza, con ganas. Daba gusto sentir el estrépito cuanto se sabe lo que significaría no oírlo. Cuando llegó las estrellas habían perdido casi toda su intensidad. La tenebrosidad se perdía por momentos. Una tenue claridad se apoderaba del paisaje. Levantó los ojos al firmamento, estaba aclarando.

Miró por última vez hacia atrás. Era su costumbre. Su brazo, manso de azada, cayó hasta que ésta tocara tierra. Bruscamente, como siempre. Besó tierra hasta herirla. Avanzó. Le esperaban hieráticos y monótonos, surcos anhelantes del golpe profundo. Allí mismo comenzó. Curvó su espinazo y elevó su azadón fijo al cielo. Cielo lleno de espacios, preparado para brotar mañana. Limpio y azul. Arremetió con sentimiento desgarrador. Esbozó una sonrisa apenas. Su incansable sacho se hundió en una grieta angosta, que gritó desesperada, salpicando tierra y piedra. Había ahogado florecillas que nunca más soñarían al viento. Y en el suelo, siempre abajo, por la tierra, su silueta prisionera del sol, silueta de mortaja de matorral. Se mantenía firme, clavado, esclavizado por aquella comarca. Sus pies, atados al surco. Levantaría sus brazos otra vez para arrancar secretos de lo hondo. Mordió sus labios secos y azotados para castigar con más ansias la sequedad estéril.

Más tarde, silencios después, comenzaría a pensar maldiciones. Comenzaría a oler a dolores martirizados, a carne humana. Respiraba hondo y el sudor le corría por la frente. La sangre se le había embotado en la cabeza de estar agachado. Sangre de su sangre. Se incorporó. Sonaron sus miserables huesos. Carraspeó para que subiera aquel flemón que le impedía respirar. Al fin se deshizo de él. Notó su nuez en un galopar perfilado, en aquella garganta llena de hambre y cansancio. Resolló con dificultad. Jadeante, necesitó descansar. Se dio cuenta de que sus mangas estaban bajas. Despacio las remangó hasta sus codos. De nuevo se agachó. Esperaba aquel momento. Metió sus manos en la acequia para refrescar su rostro. Viva y helada

# Olor a tierra: amor canario

había saltado hasta su antebrazo. Se puso en pie torpemente y atravesó el camino de la huerta. Sus pies se hallaban doloridos dentro de aquellos zapatos claveteados. Su mirada se perdía entre los arbustos, sus ojos recorrían mansamente las sombras del valle. A pesar de todo, se sentía feliz saboreando aquella tierra noble y pisando aquella fertilidad inmensa.

Y luego, harto de enfrentarse a la tierra, caminó ansioso hacia la pequeña tiendilla. Allí donde Solita tenía un pequeño revuelo. Los estantes se debatían con el peso de las macetas y vasijas. Un olorcillo a queso y ron. Papeles sobre el mostrador. Varios sacos de papas en una esquina. Una enorme saca de millo junto a la puerta. Un bombillo viejo y sucio prendía del techo. Apareció la mujer, morena, ruda, agradable. Tenía puesto un delantal mojado, desteñido. Un lápiz en la oreja derecha. Ella siempre acostumbraba servir a "Mastro Matías" al salir del sufrimiento. Agradecía siempre aquellos momentos. Miró a su alrededor con paciencia. Se sentó junto a la pared. Vio entrar carnes de sufrimiento. Era su gente. En su mente, tragó dolor. Dolor de baja voz, de sonrisa abortada. Por allá se oyó pasar el ganado que venía de la heredad. Balidos desafinados provenían de unos gatzates secos. Pastores adolescentes estallados de cencerros, camino abajo. Volvió en sí. Matías tenía por costumbre irse como chiquillo en los ruidos que para él significaban lamentos prolongados, sonidos desiguales. Llegó hasta él el penetrante aroma del tabaco Virginio. Se oyó otro chasquido de cerilla. Se sentó mejor sobre aquella banquetta ruinosa y se sacudió su gorrilla. Tenía tierra. Hablaban.

No entendía mucho del idioma de americana y corbata, del engranaje estadístico de una región, ni de la frialdad con que se expolia una tierra. A menudo le daba por pensar que el valle se hallaba en manos ajenas, manos que manipulaban y especulaban con el agro y su gente. También recordaba al intermediario que con cuatro perras le

arrancaba la cosecha, y con ella, todo el trabajo, el empeño, el sudor, el dolor, media vida del pobre Matías.

La luz fundida insistía en los lomos del silencio. Una brisa cabalgaba por aquel espacio intacto. Corrían los vientos desde el abanclado tierno hasta la cresta quieta. Regresaba a casa. Miró al horizonte donde un azul oscuro muy intenso, siempre avicinaba tormenta, donde las estrellas jugaban con la brisita agreste. Este atardecer azota. Matías cayó rendido en la puerta de su redil. María fue junto a él. Pensaba. Lo que más quería era su mujer y sus hijos. El mayor había ido a buscar suerte a la capital. Ha pasado el tiempo y sólo Dios sabe dónde anda. Pensó qué duro era saber que su otro hijo no había encontrado ni buscado otra vida. Pensaba que jamás volvería a equivocarse así. Soñó con su hijo y su infancia, allá de niño. Ahora había hallado una penosa realidad. Ni siquiera podía sentirse orgulloso de él. Preferiría que no hubiese nacido para trabajar hasta herir sus manos, con sangre, en tierras de su amo. Su mujer, envejecida por las faenas y el sentir del campo, le preparaba potaje caliente que gustaba saturar de gofio. ¡Qué sería del pobre Matías sin ella! La miró. Apretando los labios, le sonrió. No se imaginó por qué la había mirado. Le devolvió la sonrisa.

La luz se retiraba y su alma quedaba absorta. Mañana esperaba morir como cada día. Mañana volvería el sol con sus sudores y sus penosos avatares, volvería con el pan de todos los días, volvería con las esperanzas de unas vidas, volvería con el esfuerzo de tantos y tantos canarios. Creía que la muerte era su amiga. Amiga de quien tanto había amado a aquél que "Mastro" Matías llamaba "el valle condenado".

Juan Francisco Lezcano  
3º B.U.P.  
Colegio Claret (Las Palmas).



## EL PRIMER ABECEDARIO EL AMBIENTE

**E**n la hora del replanteamiento de los contenidos de la enseñanza y de conseguir para los pequeños un aprendizaje vivo, espontáneo y en contacto directo con la realidad, el primer elemento de conocimiento que se nos aparece es el medio ambiente, el medio ambiente natural y social. Frente a la didáctica tradicional libresa y rutinaria, desconectada de la realidad, se impone una enseñanza espontánea y natural que permita al niño interpretar el mundo que le rodea.

Este es el tema de un libro titulado "**El primer abecedario: el ambiente**", de F. Frabboni, A. Gallettj y C. Savorelli, que acaba de publicar Editorial Fontanella en su colección **Educación**, serie **Didáctica**.

El libro plantea las formas de desarrollar el aprendizaje escolar a través de los lenguajes del ambiente. Así, viviendo el prado, el bosque, la montaña, el río, el centro histórico de la ciudad, la propia historia o el trabajo artesanal el escolar va desarrollando una percepción clara y correcta de la realidad, interpretando los signos de su ambiente, reagrupándolos y clasificándolos, experimentando e investigando y, en definitiva, acumulando datos y adquiriendo la capacidad de ampliarlos por sí mismo.

"Descubrir el color o la forma de lo natural -escriben los autores- es adquirir la conciencia de lo existente, la posibilidad de adquirir aquella **palabra experiencia** que pueda fijar el conocimiento, de organizar los datos de la realidad dentro de un ámbito clasificatorio-descriptivo de acuerdo con unas unidades de categorías preceptivas. Esa operación que permite captar la globalidad de lo natural dentro del análisis de sus signos preceptivos, reagrupando esos descubrimientos en un sistema lingüístico descriptivo-clasificador, induce a la potencialidad **científica** de dominar el ambiente, desequilibrando la actitud pasiva de quien no sabe situarse en el espacio experimentado con una actitud activa típica del experimentador y del investigador, de aquel que domina cognoscitivamente la realidad porque es capaz de observarla". El libro está especialmente dirigido a los educadores, pero sus planteamientos tienen interés y son válidos para el público en general.